



LIBRO SEGUNDO
DE LA
HERMOSURA DE DIOS
Y SU AMABILIDAD
POR LAS INFINITAS PERFECCIONES DEL SÉR DIVINO

CAPÍTULO PRIMERO

Cuán hermoso es Dios por su infinita sabiduría.

I

VA que hemos ajustado las condiciones de lo hermoso (según Platón y Aristóteles) á la naturaleza divina, consideremos también cómo están en su infinito Sér las hermosuras más celebradas de los filósofos y teólogos. La primera es, la hermosura de la Sabiduría; la segunda es, de la Justicia; la tercera, de la Virtud; la cuarta, de la Gracia, y una Santidad eminente. Y empezando por la Sabiduría, no sólo los filósofos la calificaron por grande hermosura, pero el mismo Espíritu Santo, el cual dice ¹: «La Sabiduría es más bella que el Sol, y sobre toda la disposición de las estrellas». Y así no es mucho que dijese Platón ²: «Aquello es más hermoso que es sapientísimo». Y Menandro: «¡Cuán suave cosa es la belleza cuando tiene un ánimo sabio!» También dice Tulio ³: «No hay cosa

1 Sap., 7. 2 Plat., in Protágor. 3 2, Offic.

más para desear que la sabiduría; ninguna más excelente, ninguna más digna». Por lo cual concluye en otra parte¹: «El sentido de la vista, que está en nosotros muy agudo, no puede ver á la sabiduría; pero si ella se viera, ¡oh cuán ardientes amores provocara de sí!» Supone ser hermosura superior á todas las cosas que puede admirar el sentido. Pues si la sabiduría, limitada y corta, que puede caber en un entendimiento criado, es tan hermosa y excelente, ¡cuán hermosa será la sabiduría infinita del Criador, en quien están todas las demás hermosuras vivas, y supo ordenar todas las cosas hermosas que vemos y conocemos! «En él está, como dijo Ficino², un universal resplandor, que reluce de toda la serie de ideas, como estrellas hermosísimas». Ni hay duda, sino que la hermosura de las cosas artificiales está más hermosa en el entendimiento del artífice que en la obra ejecutada, que no puede exceder á la perfección de su idea y forma ejemplar: y así dijo el mismo filósofo³: «La hermosura en el entendimiento, y en su forma, es más excelente que no en la obra del arte: añado que aún es más poderosa, porque en la obra está derramada, mas en el entendimiento unida». Pues en la sabiduría y entendimiento divino no deben estar menos hermosas las cosas criadas que lo son en sí; antes están en Dios tan hermosas, que miradas en sí parecen feas, pues son en sí criaturas, y en Dios el mismo Criador; en sí muchas, en Dios una, que hermosea con su unidad á cada una; pues con tener tanta unión que no admita distinción alguna, se verá cada una en Dios con suma distinción y claridad. Y así, aquel soberano entendimiento y altísima sabiduría está llena de hermosuras y perfecciones, llena de ideas y formas hermosísimas, tanto más admirables cuanto en Dios son

1 Idem, 2, *De Finib.* 2 Marsil, Ficin., in Plot., enn. 5, lib. 8, cap. 13. 3 Idem, in Plot, enn. 5, lib. 8, cap. 2.

más unas, ó, por mejor decir, una misma cosa y la misma unidad.

Dos cosas encierra este nombre de sabiduría: una, la noticia de muchas cosas que se conocen; otra, el acierto en la disposición de las que se obran. En uno y otro es Dios sumo, perfectísimo, hermosísimo. No hay átomo en el aire, ni gusarapillo en los árboles, ni arenita en el mar, ni chinita escondida mil leguas debajo de tierra, ni afecto en el corazón, ni pensamiento en el alma, que no lo tenga tan patente y claro como lo está el sol de mediodía. Todas cuantas cosas hay en el universo, las conoce tan perfectamente como á sí mismo, con todas sus partes, divisiones, figuras, colores, calidades, propiedades, movimientos, acciones, teniéndolas todas contadas y medidas. Él sabe cuántos peces hay en el mar, cuántas yerbecitas en los campos, cuántos mosquitos en el aire, cuántas sabandijas en la tierra, cuántos pelos en los animales, cuántas olas en el Océano, cuántos pensamientos en los ángeles y hombres. De lo cual maravillado el Sabio, dice¹: «La arena del mar, y las gotas de la lluvia, y los días de los siglos, ¿quién los contará? La altura del cielo, la latitud de la tierra, lo profundo del abismo, ¿quién lo ha medido? La sabiduría de Dios, que precede á todas las cosas, ¿quién la averiguará? Su modo de saber, ¿á quién se ha revelado? La variedad y multitud de sus pasos, ¿quién la entendió? Uno es el Criador, altísimo, omnipotente y Rey poderoso y muy tremendo, que está sentado sobre su Trono, y es Dios Dominador; ése la formó en su Espíritu Santo, y vió, y contó, y midió». Todas las cosas tiene Dios contadas y medidas con los dedos; todas las tiene delante de sus divinos ojos. Esto se significó á San Juan² cuando le mostraron que á la vista del Trono divino estaba como un mar de vidrio, seme-

1 Ecclesiast., 1. 2 Apoc., 4.

jante al cristal; dando con este símbolo á entender cómo no hay cosa que impida la vista divina, sino que así como al vidrio, y mejor al cristal, penetran los ojos y no se esconde lo que está dentro, de la misma manera no hay cosa escondida á Dios, sino todo claro, patente, como lo está el cristal.

II

Todo sabe Dios tan clara, tan distinta, tan perfectamente, como si sola una cosa hubiese en el mundo: porque así como su inmensidad está toda en cada punto y en todo el universo, y su eternidad está en cada instante, y en todos los siglos de los siglos, así también su sabiduría está toda, y muy cabal, en el conocimiento de todo el universo, y de cada cosa singular, sin embarazarse con la multitud y sin estrecharse con la singularidad. No piense uno que por atender Dios á tanto se olvida dél. «No digas, dice el *Eclesiástico*¹, yo me esconderé de Dios; desde lo alto, ¿quién se acordará de mí? ¿cómo seré conocido en un gran pueblo? ¿qué es mi alma en tan inmensa criatura? Mira que el cielo, y los cielos de los cielos, el abismo y la tierra universal, y cuanto en ellos hay, se estremecerán de la vista de Dios»: porque las conoce el Señor, y ve á todos clara y distintamente, sin confundirse con nada. Necio es quien, si no con el corazón, con sus obras y poco respeto á Dios, dice lo que el mismo *Eclesiástico* reprende, según el texto griego²: «¿Quién me verá? á oscuras estoy, las paredes me cubren, nadie me ve: ¿qué es lo que temo? no se acordará de mis pecados el Altísimo. Los ojos de los hombres son su temor, y no echa de ver que los ojos del Señor, más claros diez mil veces que el sol, están mirando todos los pasos de los hombres, y penetran hasta las partes más es-

¹ Eccl., 16. ² Eccl., 23.

condidas». ¿Quién no tiembla de tan gran Majestad, y tan presente á todo, que conoce lo más secreto del alma? El santo Job, que tenía esto bien entendido, ni á pestañear se atrevía, ni á que le pasase por el pensamiento un pecado, porque sabía que á Dios no se le escondía nada; y así dice: «Yo hice concierto con mis ojos para no pensar en doncella alguna: porque ¿qué parte tuviera Dios en mí desde lo alto? ¿y qué heredara el Omnipotente desde lo excelso? ¿Por ventura no considera mis caminos? ¿y todos mis pasos no tiene contados?» ¡Oh! ¡qué bien nos está aquesta divina Sabiduría! Gozo es del justo tener por juez al que no ignora nada.

Ni sólo conoce la Sabiduría divina cuantas cosas hay, y ha habido, sin olvidarse de ningún pensamiento de cuantos han tenido los hombres y ángeles, ni pasársele de la memoria un menearse de una hoja del árbol, ni un pestañear de hombre, desde que crió el mundo; sino que sabe distintamente cuándo fué, y cómo, de la misma manera que si fuera hoy. Pero conoce también todo lo por venir, y tan presente tiene el pensamiento más ligero que han de tener las almas de aquí á mil millones de años y siglos, como si le tuvieran en este mismo instante. De la misma manera tiene presentes cuantos movimientos y quererres han de tener los ángeles y hombres por toda una eternidad, como si en este punto fuesen. Ni sólo conoce cuánto en realidad de verdad fué, es y será por toda la eternidad, sino cuanto pudo y puede ser, lo sabe y ve todo clara y distintamente. Hermosísimo teatro es el de la Sabiduría divina, en la cual conoce Dios infinitos mundos semejantes á éste, y otros desemejantes totalmente, infinitas especies de animales, peces y aves diversas de las de ahora, é infinitos individuos debajo de cada especie; y no sólo infinitos, sino infinidades de infinitos. No puede el entendimiento humano hacer concepto de un infi-

nito; pero en el entendimiento y sabiduría divina caben infinitudes de infinitos, y no es más en ella que una gota de rocío que cae en el Océano. Están, pues, en la capacidad de su sabiduría, sin embarazo alguno, clara, y distinta, y particularmente, muchas maneras y géneros de infinitos, porque está la multitud de individuos, la cual es infinita en cada especie, y multitud de especies, que en cada género también es infinita, y los géneros también son infinitos; y no sólo conoce todas estas naturalezas, sino cuantos sucesos, movimientos y acciones en todo género pueden caber en tanta infinidad de individuos. La hermosura desta Sabiduría, ¿quién la podrá significar, pues es un teatro de cuantas hermosuras son posibles? porque intelectualmente están todas en Dios como en su original: en Él están todas las ideas y formas inteligibles de todas las cosas, cuyo perfectísimo dechado de todo lo criado y cuanto se puede criar, es el Criador. Porque todo lo que hace Dios y ha de hacer, lo supo antes, desde toda la eternidad, y persevera y está eternamente en su ciencia invariable, y se ve y resplandece en Él.

Aún no para aquí la infinidad desta hermosísima sabiduría de Dios; porque no sólo conoce todas las obras posibles que pudieran hacer las criaturas, sino las que real y verdaderamente hicieran en cualquier suposición, ocasión y condición. Y como estas suposiciones y condicionales sean infinitamente infinitas, es un admirable teatro y prodigio de conocimiento saber tantas verdades en tantas suposiciones, como Dios las sabe y conoce todas, clara, perfecta y distintamente. De suerte que con mucha verdad dijo el Profeta ¹: «No tiene número su sabiduría». Y San Agustín dijo que eran inmensos sus tesoros. ¡Oh profundidad de saber! ¡oh pasmo de conocimiento! Estupenda cosa

1 Psal. 146.

es que sin embarazo, sin confusión, sin cuidado, caben en el entendimiento divino todas las cosas posibles; y todas las acciones, pasiones, ocasiones y accidentes posibles desas mismas cosas posibles; todas las cosas que han de suceder por toda una eternidad, y las que sucedieran en cualquier suposición y condicional, que son infinitas infinitamente. Y todo esto sabe sin pasársele de la memoria por toda la eternidad cosa alguna.

III

Pero no sólo hay que admirar en Dios su gran saber, sino el modo maravillosísimo con que sabe tanto: porque es sin haberlo aprendido, sin haberlo observado, sin haberse-lo mostrado, no de las mismas cosas, sino por su misma esencia. Por lo cual dice San Dionisio ¹: «Conociéndose la divina sabiduría, sabe todas las cosas, las materiales sin materia, las divisibles indivisiblemente, y las muchas únicamente, conociendo en sí uno todas las cosas». Allégase á esto que sabe tantas cosas y tan diferentes con un mismo acto simplicísimo é invariable, sin variedad de discursos ni multitud de conceptos. Por esto dice San Agustín ²: «No son muchas, sino una, la sabiduría, en la cual están inmensos é infinitos tesoros de cosas inteligibles, en las cuales hay todas las razones invisibles é inconmutables de las cosas, aun visibles y mudables, que por ella son hechas; porque Dios no hace cosa no sabiendo lo que hace». Advierte luego el santo Doctor la diferencia que hay entre la sabiduría humana y la divina; que los hombres conocen las cosas criadas después que están criadas; pero Dios, porque las conoce antes de criadas, vienen á estar criadas; y así concluye: «Este mundo no sería conocido de nosotros, si

1 Dionisio, c. 7. *De divin. nom.* 2 Agustín, l. II. *De civit.*, c. 10.

no fuera; pero si no hubiese sido conocido de Dios, no pudiera ser». Anticipadamente conoce Dios las cosas, y las conoce todas, no por la presencia dellas, sino por la eminencia de su Sér divino. Tiene Dios de suyo, no de las cosas, el saberlas todas con el modo maravillosísimo que hemos dicho, y explica con grande elegancia San Pedro Damiano, que hablando del infinito saber de Dios, dice ¹: «De tal manera abraza todos los tiempos pasados, presentes y futuros, que ni le viene nada de nuevo, ni se le va por los instantes que corren. Ni considera las cosas diversas con vista diversa; de modo que para considerar lo pasado cese de lo presente ó venidero, cuando atiende á lo presente y futuro, aparte los ojos de lo pasado, sino con una simple vista de su presentísima Majestad, comprende todas las cosas de por junto, y esto no confusamente, pero discerniéndolo todo, y distinguiendo cada cosa según su propiedad. El que está en medio de un teatro no ve junto todo lo que hay en él, porque si ve lo que está adelante, no ve lo que tiene á las espaldas; pero el que no estuviese en el teatro, sino sobre el teatro, levantado y eminente á todo, de una vista viera lo que se contenía en todo aquel espacio. A este modo el omnipotente Dios, porque está levantado incomparablemente sobre todas las cosas, las ve á todas presentes; y para que perciba lo que decimos, no sólo el de agudo ingenio, sino el de más tardo. Mayor variedad hay en nosotros en un punto de tiempo, cuanto puede durar el pronunciar esta palabra *cielo*, que en Dios el mirar y comprender infinitos espacios de todos los siglos: porque mientras se pronuncia la primera sílaba de aquella dicción, no está la segunda; y mientras se dice la segunda sílaba, ya se pasó la primera; pero Dios en un punto de su consideración conoce todas las cosas juntas, y, conociéndolas, las

1 Petr. Dam., t. 3, op. 36, *De omnipot.*, cap. 7, pág. 657.

distingue. Por esto dijo San Pedro ¹: que «un día era para Dios como mil años, y mil años como un día»; porque t n presente tiene tantos mil años que han corrido después que se crió el mundo, como el día de hoy. También cantó David ²: «Mil años son delante de tus ojos como el día de ayer que pasó»; porque, como advierte el mismo San Pedro Damiano ³, todo lo futuro que nosotros aguardamos, ya lo tiene Dios tan sabido como lo ya pasado.

¡Oh estupenda Sabiduría, y estupendo modo de saber! Con razón [David, atónito de tan prodigiosa comprensión de cosas, dijo ⁴ que se le había hecho admirable la ciencia de Dios sobre toda su capacidad, y que no podía atener con ella. Humillémonos á tan gran Sabiduría, y respetemos Sér tan sabio. Á algunos hombres levantaron aras, y adoraron por dioses las gentes, por la sabiduría que en ellos admiraron; pero ¿qué era toda su ciencia sino ignorancia, y más comparada con la divina? porque con toda su sabiduría no llegaron á conocer enteramente la naturaleza de una hormiga, sus calidades, propiedades y miembros. Mas Dios conoce perfecta y enteramente con todas sus causas, efectos, sucesos, circunstancias, acciones y pasiones, cuanto hay que saber y es posible ó imaginable. La sabiduría de Salomón admiró tanto á la reina Sabá y otros Reyes extranjeros, que venían de tierras bien apartadas á verle, y quedaban atónitos de su grande ciencia, y calificó la reina Sabá por bienaventurados á los criados que le asistían. Pues si esta sabiduría de hombres, que respecto de la de Dios es ignorancia, fué tan [admirable y tenida por dichosa, la sabiduría de Dios ¿de cuán estupenda admiración es digna? ¿de cuán grande reverencia y respeto? Por cierto que aunque Dios no fuera Señor de todo por haberlo cria-

1 II Petr., 3.

2 Psalm. 89. 3 Petr. Dam., supra.

4 Psalm. 138.

do, y Monarca supremo de todo el universo, por sólo su Sabiduría merecía que se le sujetase todo, y fuese adorado por Rey y Señor universal del mundo. ¡Oh gran dicha, tener un Señor tan sabio, y un Juez que no ignora nada, que no puede engañarse en conocer lo que nos conviene, que oye nuestros ruegos aun antes que suenen, y ve nuestras necesidades antes que vengan, y sabe nuestra muerte antes que nazcamos! Pero de tal manera nos mira, que aunque nos halle indignos de su gracia, no nos excluye de su misericordia; que ve nuestros agravios mejor que quien los hace, y sabrá la justicia del inocente mejor que quien la ejercita. Lo cual fué de gran consuelo al santo Job ¹, holgándose de tener por juez á quien no ignoraba su conciencia: y así le dice que le pusiese delante dél para tratar su causa, y que cualquiera le contradijese. Los reyes de Persia, conociendo la importancia que era para el gobierno de su imperio saber todas las cosas, suplieron con arte la cortedad de su ciencia, y así instituyeron unos oficios que llamaban ojos y orejas del Rey: porque los que tenían este cargo andaban mirando, escuchando y advirtiendo las cosas, para dar noticia dellas á su príncipe, para que, sabiendo lo que pasaba, dispusiese mejor las cosas y nadie altase á su obligación temiendo que lo había de saber su Rey. Con esta industria suplían aquellos Reyes la falta de inmensidad y la cortedad de su sabiduría. ¡Oh cuán digno es Dios del cetro, y corona, y señorío del mundo, pues está en todas partes por su inmensidad, y conoce todas las cosas por su sabiduría! Temamos esta gran Sabiduría, y pues lo sabe Dios todo, no le ofendamos en nada. ¿Con cuánta atención á nuestras obras, con cuánta advertencia á nuestros pensamientos, con cuánto cuidado de nuestros afectos debemos andar? pues ve Dios todo cuanto somos, y

¹ Job, 17.

hacemos, y penetra su vista hasta lo interior del alma y secretos de nuestro corazón. Bien respondió Zenón ¹ á uno que le preguntó si podía ocultarse á Dios quien hiciese algún mal: «Ni quien le piensa (dice) se le puede encubrir». Ve Dios, y sabe todas las cosas, no sólo cuando se ejecutan, sino aun cuando se imaginan, y antes de imaginarse. ¿Cuánto respeto guardan los que están delante de un Rey, sólo porque los ve ó puede ver? ¡Cuánta reverencia debemos tener en todo lugar y tiempo á la Majestad divina, que en todo está, y todo lo sabe, y nada se le olvida; nadie le puede engañar, y nadie se puede ocultar á sus divinos ojos! Porque, como dice el Apóstol ²: «No hay criatura alguna invisible en su divino acatamiento; todas las cosas están desnudas y descubiertas á sus ojos».

IV

La otra parte de Sabiduría, después de la noticia de las cosas, es el acierto en las obras. Para que nos admiremos desto basta mirar la obra más basta de todas las de Dios, que es este mundo elemental, que comparado con las criaturas intelectuales, es como un borrón. Con todo eso es una obra de sumo acuerdo, gran concierto y perfecta hermosura, de la cual dice San Atanasio ³: «De la manera que un diestro músico, después de haber templado su arpa y compuesto según su arte las cuerdas delgadas con las gruesas y las medias con las extremas, causa una cierta melodía y suavidad, á este modo la Sabiduría de Dios, que usa deste universo como de instrumento músico, acomodando las cosas terrenas con las aéreas, y éstas con las celestes, componiendo á todas con cada una, y gobernándolas con su voluntad, causa este mundo, y su orden abso-

¹ Maxim., serm. 15. ² Heb., 4. ³ Atanas., lib. *Contra idolat.*

luto y perfecto». ¿Quién no admira el orden, trabazón, correspondencia y concordia que tienen los elementos entre sí, aunque contrarios, y las demás naturalezas, aunque sean tan distintas como el cielo y la tierra? ¿Quién no se pasma de ver este mundo como un hermoso templo de Dios, los cielos colgados de lámparas, y con sus luces brillantes están haciendo señas á los hombres para que vayan allá? La tierra sacrifica sus frutos y los ofrece primero á Dios que á los hombres, levantándolos en alto en las aras y altares naturales de sus mismos troncos, procurando cuanto puede avecindarlos al cielo, cuyo camino nos está como con el dedo mostrando. Las aves hacen música desde sus coros de las matas y árboles, enseñándonos á alabar al Criador. Todas las criaturas están publicando que tienen un Autor y Gobernador sapientísimo, aunque invisible y escondido; porque como dice Teófilo Antioqueno¹: «Así como el alma que está en el cuerpo humano es invisible, pero conócese por las acciones del cuerpo, así Dios, aunque no se puede ver con ojos humanos, se conoce por la providencia con que ordena todas las cosas. Y como el que ve una nave armada con todas sus jarcias y aparato que surca el Océano y llega al puerto, echa de ver que hay algún piloto que la gobierne, no habrá ninguno de tan humilde discurso y ánimo que no crea que hay algún Gobernador del universo, aunque no lo eche de ver con los ojos de carne, porque no le podemos ver claramente. Porque si no podemos fijar los ojos en el sol, con ser tan pequeño cuerpo, respecto del universo, por el exceso de su luz y calor mucho ménos podrá un hombre mortal ver la gloria de Dios, que es inefable. Así como una granada que está cubierta con su corteza, que encierra todo lo interior, tiene sus divisiones de casillas y varios apartados divididos

¹ Teoph. Antioch., lib. 1 *ad Auto'icum*.

con su piel illa, en que encajan muchos granos, á este modo contiene á toda la naturaleza el espíritu de Dios. Y de la manera que un grano de la granada que está cercado de su corteza no pudiera ver, aunque tuviese ojos, lo que está fuera, ni á quien la tiene en la mano, así también ninguno deste mundo puede ver al que le tiene en su mano, que es Dios». Pero aunque no le puede ver con claridad, echa de ver la perfección de sus atributos, principalmente de su sabiduría y poder, en la disposición y orden de las cosas.

Pasmo es el concierto y orden con que en cada naturaleza se muestra el infinito saber de Dios. Galeno no acaba de admirar la infinita sabiduría que resplandece en sus obras, y atónito desto advierte¹ cómo en el cuerpo humano hay más de seiscientos músculos, y en cada uno hay diez modos para el uso diverso de otros tantos fines que tienen; y así viene á concluir que sólo los músculos tienen seis mil fines y usos. Añade que hay también más de doscientos huesos, y que cada uno tiene más de cuarenta usos y fines, y así vienen á ser en todos más de ocho mil fines y usos que tienen solamente los huesos. A este paso es en los demás miembros y artejos del hombre, que son más de los que pensó este filósofo, que también anduvo corto en la cuenta que hizo de los huesos humanos, que llegarán á trescientos. Y así es un número casi innumerable de fines y usos que tienen todos los miembros, con tantos nervios, venas, arterias de que se componen. Pues en los cuerpos de los demás animales, desde el elefante hasta el más vil gusanillo, ¿qué usos, qué fines, qué trazas, qué maravillas no habrá en cada uno, según su especie y naturaleza, en cada una diferentemente que en la otra? Todas las cosas que hizo Dios, así plantas, como aves, peces, ani-

¹ Galeno, lib. *De format, fœtus*.

males, las hizo tan por extremo perfectas, que no hay más que desear. Pero ¿qué diré de las naturalezas espirituales, pues en el entendimiento de una sola hay más que maravillar que cuanto hay en toda la fábrica del cielo y disposición de toda la naturaleza elemental? Toda esta perfección y hermosura tienen las cosas, por la perfección y hermosura de la Sabiduría divina, que las dispuso antes que fuesen, y en Dios tuvieron forma y perfección antes que en sí mismas.

V

Pues en el gobierno del mundo y su altísima providencia, ¿qué milagros, qué hermosuras de la divina sabiduría no resplandecen? Y porque empecemos por la obra más material, que es el gobierno natural del mundo, todo él depende con sumo artificio de los cuerpos celestes, que están todos llenos de maravillas y sapientísima disposición. Lo cual todo es tan regular, que nunca faltan, ni se apresuran, ni tardan más de lo que conviene. ¿Pues quién no admira la sabiduría de Dios, que destes tan artificiosos movimientos quiso dependiesen casi todos los movimientos de todos los demás cuerpos que carecen de sentido, y mudanzas de las cosas inánimes deste mundo elemental? Tanto depende el gobierno deste mundo de los cuerpos celestes, que si se pararan en sus movimientos, se viniera á desbaratar todo él, y vinieran á perecer hombres, y animales, y plantas; pero la sabiduría de Dios contiene todo en su orden; y conserva cielo, y tierra, elementos, y astros, después de tantos mil años, enteros y perfectos, que es un argumento muy grande de su admirable poder y sabia providencia. Porque, como dice San Juan Damasceno ¹: «Si la nave no puede estar sin marinero, porque luego se hundiera; si tam-

1 Damasc, in hist. Barl., c. 172.

poco puede sustentarse una casa moderada sin mayordomo, ¿cómo puede estar tanto tiempo el mundo, siendo obra tan grande, tan maravillosa, sin un admirable y grandioso gobierno, y sapientísima Providencia? ¿No consideras cuántos años tiene el cielo, y no ha perdido el color ennegreciéndose? La virtud de la tierra no ha cesado después de tanto tiempo; las fuentes no han dejado de correr después que se hicieron; el mar, después de tantos y caudalosos ríos que se ha sorbido, no ha pasado de su medida; las carreras del sol y de la luna no se han mudado, ni se ha pervertido el orden y serie de los días y las noches. Por cierto que esto es muy para maravillar, y reverenciar tan sabio Artífice del mundo.

VI

Con todo eso, no es este gobierno material lo más artificioso de la Providencia divina. Más sabiduría muestra en el gobierno moral, porque es grande maravilla cómo con la infalibilidad de los efectos deja libres muchas causas; cómo con gran suavidad tiene suma eficacia; cómo consigue lo que quiere por sus mismos contrarios, y otros admirables modos de su divina Providencia: la cual está significada en la Escala de Jacob, que llegaba desde la tierra al cielo; en lo cual se daba á entender cómo desde los altos cielos toca Dios con su providencia las cosas de la tierra y las gobierna. Los lados de la escalera son la suavidad y fortaleza con que dispone y ejecuta cuanto quiere. Los ángeles que subían y bajaban son los ministros y ejecutores de su divina Majestad en el gobierno del mundo. Los escalones ó gradas de la escalera son varios caminos y admirables modos de la disposición y providencia divina, como advierte Teodoreto. ¿Y qué modo más admirable que cuando se